

menzó á desacreditar los pronósticos de los agoreros, y á hacer temer á César que podría dar motivo de quejas al Senado contra sí, pareciendo que le miraba con escarnio: pues que si venia era por su orden; y todos estaban dispuestos á decretar que se intitulara Rey de todas las provincias fuera de Italia, y fuera de ella llevara la diadema por tierra y por mar; y si estando ya sentados, añadió, ahora se les diera orden de retirarse, para volver cuando Calpurnia tuviese sueños mas placenteros, ¿qué seria lo que dijese los que no le miraban bien? ¿De quién de sus amigos oirian con paciencia, si queria persuadirles, que aquello no era esclavitud y tiranía? y si absolutamente era su ánimo mirar como abominable aquel día, siempre sería lo mejor que fuera, saludara al Senado, y mandara sobreseer por entonces en el negocio. Al terminar este discurso, tomó Bruto á César de la mano, y se le llevó consigo. Estaban aun á corta distancia de la puerta, cuando un esclavo ageno porfiaba por llegarse á César; mas dándose por vencido de poder penetrar por entre la turba de gentes que rodeaba á César, por fuerza se entró en la casa, y se puso en manos de Calpurnia, diciéndole que le guardase hasta que aquel volviera, porque tenía que revelarle secretos de grande importancia.

Artemidoro, natural de Gnido, maestro de lengua griega, y que por lo mismo habia contraido amistad con algunos de los compañeros de Bruto, hasta estar impuesto de lo que se tenía tramado, se le presentó trayendo escrito en un memorial lo que queria descubrir; y viendo que César al recibir los memoriales los entregaba al punto á los ministros que tenía á su lado, llegándose muy cerca, este, le dijo á César, léelo tu solo y pronto: porque en él estan escritas grandes cosas que te interesan. Tomólo pues César, y no le fue posible leerlo, estorbádoselo el tropel de los que continuamente llegaban por

mas que lo intentó muchas veces; pero llevando y guardando siempre en la mano aquel solo memorial, entró en el Senado. Algunos dicen que fue otro el que se le entregó; y que á Artemidoro no le fue posible acercarse, sino que por todo el tránsito fue estorbado de la muchedumbre. Todos estos incidentes pueden mirarse como naturales sin causa extraordinaria que los produjese; pero el sitio destinado á tal muerte y á tal contienda, en que se reunió el Senado, si se observa que en él habia una estatua de Pompeyo, y que por este habia sido dedicado entre los ornamentos accesorios de su teatro, parece que precisamente fue obra de algun numen superior el haber traído allí para su egecucion semejante designio. Asi se dice que Casio, mirando á la estatua de Pompeyo al tiempo del acometimiento, le invocó secretamente, sin embargo de que no dejaba de estar imbuido en los dogmas de Epicuro; y es que la ocasion, segun parece, del presente peligro, engendró un entusiasmo y un afecto contrarios á la doctrina que habia abrazado. A Antonio, amigo fiel de César, y hombre de pujanza, lo entretuvo afuera Bruto Albino, moviéndole de intento una conversacion que no podia menos de ser larga. Al entrar César, el Senado se levantó, haciéndole acatamiento; pero de los socios de Bruto unos se habian colocado detras de su silla, y otros le habian salido al encuentro como para tomar parte con Tulio Cimbro en las súplicas que le hacia por un hermano que estaba desterrado; y efectivamente le rogaban tambien, acompañándole hasta la misma silla. Sentado que se hubo, se negó ya á escuchar ruegos; y como instasen con mas vehemencia, se les mostró lindignado; y entonces Tulio, cogiéndole la toga con ambas manos, la retiró del cuello; que era la señal de acometerle. Casca fue el primero que le hirió con un puñal junto al cuello; pero la herida que le hizo no fue mortal ni profun-

da, turbado como era natural en el principio de un empeño como era aquel: de manera que volviéndose César, le cogió y detuvo el puñal, y á un mismo tiempo exclamaron ambos, el ofendido en latin: *malvado Casca ¿qué haces?* y el ofensor en griego á su hermano: *hermano, auxilio*. Como este fuese el principio, á los que ningun antecedente tenían les causó gran sorpresa y pasmo lo que estaba pasando, sin atreverse ni á huir, ni á defenderle, ni siquiera á articular palabra. Los que se hallaban aparejados para aquella muerte todos tenían las espadas desnudas; y hallándose César rodeado de ellos, ofendido por todos, y llamada su atención á todas partes, porque por todas solo se le ofrecía hierro ante el rostro y los ojos, no sabía adonde dirigirlos, como fiera en manos de muchos cazadores; porque entraba en el convenio que todos habían de participar, y como gustar de aquella muerte; por lo que Bruto le causó también una herida en la ingle. Algunos dicen que antes había luchado, agitándose acá y allá, y gritando; pero que al ver á Bruto con la espada desenvainada se echó la ropa á la cabeza, y se prestó á los golpes: viniendo á caer, fuese por casualidad, ó porque le impeliesen los matadores, junto á la base sobre que descansaba la estatua de Pompeyo, que toda quedó manchada de sangre: de manera que parecía haber presidido el mismo Pompeyo al suplicio de su enemigo, que tendido espiraba á sus pies traspasado de heridas, pues se dice que recibió veinte y tres; y muchos de los autores se hirieron también unos á otros, mientras todos dirigían á un solo cuerpo tantos golpes.

Quando le hubieron acabado de esta manera, el Senado, aunque Bruto se presentó en medio como para decir algo sobre lo sucedido, no pudiendo ya contenerse, se salió de aquel recinto, y con su huida llenó al pueblo de turbación y de un miedo incierto:

tanto que unos cerraron sus casas, otros abandonaron las mesas y caudales, y todos corrían, unos al sitio á ver aquella fatalidad, y otros de allí después de haberla visto. Antonio y Lépido, que pasaban por los mayores amigos de César, tuvieron que retirarse y acogerse á casas ajenas; mas Bruto y los suyos en el calor todavía de la empresa, ostentando las espaldas desnudas, salieron juntos del Senado, y corrieron al Capitolio, no á manera de fugitivos, sino ri-sueños y alegres, llamando á la muchedumbre á la libertad, y abrazando á los que de los principales ciudadanos encontraban al paso. Algunos hubo que se juntaron é incorporaron con ellos, y como si hubieran tenido parte en la acción querían abrogarse la gloria; de cuyo número fueron Cayo Octavio y Léntulo Espinter. Estos pagaron más adelante la pena de su jactancia muertos de orden de Antonio y de Octavio César, sin haber gozado de la gloria porque morían; pues que nadie los había creído, y los mismos que los castigaron no tomaron venganza del hecho, sino de la voluntad. Al día siguiente bajaron del Capitolio Bruto y los demás conjurados; y habiendo hablado al pueblo, este escuchó lo que se le decía sin mostrar que improbaba ni aprobaba lo hecho; sino que se veía en su inmovilidad que compadecía á César y respetaba á Bruto. El Senado, después de haber publicado ciertas amnistías y convenios en favor de todos, decretó que á César se le reverenciara como á un Dios, y que no se hiciera ni la menor alteración en lo que había ordenado durante su mando. A los conjurados les distribuyó las provincias, y les dispensó los honores correspondientes: de manera que todos creyeron haber tomado la república consistencia, y haber tenido las alteraciones el término más próspero y feliz.

Abrióse el testamento de César, y se encontró que á cada uno de los ciudadanos Romanos dejaba un le-

gado de bastante entidad; con esto, y con haber visto el cadáver cuando lo pasaban por la plaza despedazado con tantas heridas, ya la muchedumbre no guardó orden ni concierto; sino que recogiendo por la plaza escaños, celosías y mesas, hicieron una hoguera y poniendo sobre ella el cadáver lo quemaron. Tomaron despues tizonas encendidos y fueron corriendo á dar fuego á las casas de los matadores. Otros recorrieron toda la ciudad en busca de estos para echarles mano y hacerlos pedazos; mas no dieron con ninguno de ellos, sino que todos estaban bien resguardados y defendidos. Sucedió que un ciudadano llamado Cina, amigo de César, habia tenido segun dicen en la noche anterior un sueño muy extraño; porque le parecia que era convidado por César á un banquete, y que excusándose era tirado por este de la mano contra su voluntad y resistiéndose. Cuando oyó que en la plaza se estaba quemando el cadáver de César, se levantó y marchó allá por honrarle, no obstante que tenia presente el ensueño, y estaba con calentura. Viólo uno de tantos; y á otro que le preguntó, le dijo cómo se llamaba; este á otro, y en un instante corrió por todos que aquel era uno de los matadores de César; porque realmente entre los conjurados habia habido un Cina del mismo nombre; y tomándole por este le acometieron sin detenerse, y le hicieron pedazos. Concibiendo de aqui temor Bruto y Casio, sin que hubiesen pasado muchos dias se ausentaron de la ciudad. Qué fue lo que despues hicieron y padecieron hasta el fin lo hemos declarado en la vida de Bruto.

Muere César á los cincuenta y seis años cumplidos de su edad, no habiendo sobrevivido á Pompeyo mas que quatro años; sin haber sacado otro fruto que la nombradía, y una gloria muy sujeta á la envidia de sus conciudadanos de aquel mando y de aquel poder, tras el que toda su vida anduvo entre

los mayores peligros, y que apenas pudo adquirir; pero aquel buen Genio ó Numen que mientras vivió cuidó de él, le siguió despues de su muerte para ser vengador de ella, haciendo huir, y acosando por mar y por tierra á los matadores hasta no dejar ninguno; y antes acabando con cuantos con la obra ó con el consejo tuvieron parte en aquel designio. De los acontecimientos puramente humanos que en este negocio sucedieron, el mas admirable fue el relativo á Casio; porque vencido en Filipos se pasó el cuerpo con aquella misma espada de que usó contra César. De los sobrehumanos, el gran cometa que se dejó ver muy resplandeciente por siete noches inmediatamente despues de la muerte de César, y luego desapareció; y el apocamiento de la luz y fuerza del sol. Porque en todo aquel año su disco salió pálido y privado de rayos, enviando un calor tenue y poco activo: así el aire era obscuro y pesado, por la debilidad del calor que lo enrarece, y los frutos se quedaron imperfectos é inmaturos por la frialdad del ambiente. Mas lo que principalmente demostró no haber sido grata á los Dioses la muerte dada á César fue la vision que persiguió á Bruto; y fue en esta manera. Estando para pasar su ejército desde Abido al otro continente, descansaba por la noche en su tienda como lo tenia de costumbre, no durmiendo, sino meditando sobre las disposiciones que debia tomar: pues se dice que entre todos los Generales Bruto fue el menos soñoliento, y el que por su constitucion podia aguantar mas tiempo en vela. Pareció pues haberse sentido algun ruido hácia la puerta, y mirando á la luz del farol, que ya ardia poco, se le ofreció la vision espantosa de un hombre de desmedida estatura y terrible gesto. Pasmóse al pronto; pero viendo despues que nada hacia ni decia, sino que estaba parado junto á su lecho, le preguntó quién era; y la fantasma le respondió: « Soy,

oh Bruto, tu mal Genio: ya me verás en Filipos." Alentado entonces Bruto, te veré, le dijo, y el Genio desapareció al punto. Al prefuido tiempo puesto en Filipos al frente de su ejército contra Antonio y Octavio César, vencedor en la primera batalla, destrozó y puso en dispersion á las tropas que se le opusieron, saqueando el campamento de César. Habiendo de dar segunda batalla, se le presentó otra vez la fantasma en aquella noche sin que le hablase palabra; pero entendiendo Bruto su hado, se abalanzó desesperadamente al peligro. No murió con todo peleando, sino que después de la derrota, retirándose á la eminencia de una roca se arrojó de pechos sobre su espada desnuda, y dando uno de sus amigos fuerza, segun dicen, al golpe, de este modo perdió la vida.

El orador Demades, que gozó de gran poder en Atenas por gobernar á gusto de los Macedonios y de Antipatro, como se viese precisado á escribir y decir muchas cosas nada dignas de la magestad y de las costumbres de aquella república, sostenia que era merecedor de perdón, porque gobernaba los naufragios de ella. Esta expresion, aunque bastante atrevida, podría parecer verdadera si se trasladase y aplicase al gobierno de Focion. Porque en cuanto á Demades él era verdaderamente el naufragio de la república, habiendo vivido y gobernado tan indecentemente, que cuando ya era viejo decia en vituperio suyo Antipatro, que á manera de sacrificio consumado no quedaba de él mas que la lengua y el vientre; cuando á la virtud de Focion, que fue puesta á prueba con el tiempo que le cupo, como con un enemigo poderoso y violento, los infortunios de la Grecia la marchitaron y deslucieron en punto á gloria. Pues no se ha de dar crédito á Sófocles, que hace apocada y debil á la virtud en estos versos:

Que de su asiento, ó rey, es conmovida

La razon del que en males es probado;

Aunque antes con brios se mostrase;

Y solo se ha de dar á la fortuna tanto poder sobre los hombres justos y buenos, quanto baste á esparcir contra ellos calumnias y rumores siniestros, en lugar del honor y agradecimiento que se les debia, con detrimento del crédito y aprecio de la virtud.

Parecia que los pueblos principalmente habian de mostrarse insolentes contra los buenos cuando estan en prosperidad, y cuando los engríen sucesos faustos y un gran poder; pero es lo contrario lo que sucede. Porque las desgracias vuelven las costumbres displicentes, mal sufridas, y propensas á la ira, y hacen el oído nimiamente delicado, y muy dispuesto